

## LIBRO DÉCIMOTERCIO

### EL VESUVIO Y EL CAMPO DE NAPOLES

---

#### CAPITULO I

Lord Nelvil permaneció mucho tiempo aterrado despues de la cruel narracion que habia conmovido toda su alma. Corina procuró volverle en sí con suavidad, y el raudal de fuego que caia del Vesuvio, hecho ya visible por la noche, hirió vivamente la imaginacion de Osvaldo; y aprovechándose Corina de aquella impresion para separarle de los recuerdos que le agitaban, se apresuró á llevarle consigo á la ribera de cenizas de la lava inflamada.

El terreno que pasaron ántes de llegar á ella huia bajo su planta, y parecia los rechazaba léjos de una mansion enemiga de cuanto vive; en aquellos

### EL VESUVIO Y EL CAMPO DE NAPOLES 43

sitios ya no hay conexion entre la naturaleza y el hombre : ya no puede creerse su dominador ; huye de su tirano muriendo. El fuego del torrente es de color fúnebre; empero cuando abrasa las viñas ó los árboles, se ve salir de él una llama clara y brillante: mas la misma lava es opaca, cual se representa un rio del infierno, y rueda lentamente como una arena negra de dia, y encendida de noche. Al llegar se oye un leve rumor de centellas que causa tanto mas temor cuanto es mas ligero, y cuanto parece que la astucia se junta con la fuerza; así se llega el tigre real á su presa secretamente y con lentos pasos. Aquella lava se adelanta sin apresurarse jamas, y sin perder un instante; si encuentra un muro elevado, si se opone á su tránsito algun edificio, párase, y amontona delante del obstáculo sus torrentes negros y bituminosos, y por fin le sepulta bajo sus ardientes olas. Su caminar no es bastante veloz para que los hombres no puedan huir; pero alcanza, como el tiempo, á los imprudentes y á los ancianos, que viéndola venir pesada y silenciosa juzgan fácil escapar de ella. El resplandor que arroja es tan encendido, que por vez primera se refleja la tierra en el cielo, y le hace parecer un continuo relámpago; y luego aquel cielo se repite en la mar, y la naturaleza se abrasa en aquella triple imágen del fuego. Oyese, y se hace ver el viento en torbellinos de llama dentro del abismo de donde sale la lava : da terror lo que pasa en las entrañas

de la tierra, y sentimos que bajo nuestra planta la estremecen extraños furores. Las peñas que rodean el manantial de la lava, están cubiertas de azufre y de betun, cuyos colores tienen una apariencia infernal: verde lívido, oscuro amarillo, y macilento encarnado, forman como una disonancia para los ojos, y atormentan la vista, como rasgarian el oído aquellos sonidos penetrantes que lanzaban las hechiceras cuando llamaban, en la noche, la luna á la tierra.

Todo lo que rodea el volcan recuerda el infierno, y las descripciones de los poetas son tomadas sin duda de estos lugares. Allí es donde se comprende como han creído los hombres en la existencia de un genio maléfico que se opusiese á las intenciones de la Providencia; porque es fuerza que contemplando aquella mansion se hayan preguntado, si solo la bondad presidia á los fenómenos de la creación, ó si algun principio escondido forzaba á la naturaleza, como al hombre, á la ferocidad. — Corina, exclamó lord Nelvil, ¿son estas infernales riberas la patria del dolor? ¿levanta su vuelo desde esta cumbre el ángel de la muerte? Si no viese tu mirar celestial, perderia aquí hasta la memoria de las obras de la divinidad que adornan el mundo; y no obstante, este aspecto del infierno, con todo su horror, me causa ménos espanto que los remordimientos del corazón; todos los riesgos pueden despreciarse, pero ¿cómo nos ha de libertar de las culpas que nos

baldonamos, respecto de él, un objeto que ya no existe? ¡Jamás! jamás! ¡Ah! Corina, ¡qué palabra de hierro y de fuego! Los suplicios inventados por los sueños del padecer, la rueda dando vueltas sin cesar, el agua huyendo al acercarse á ella, las piedras cayendo otra vez conforme se levantan, son una imagen débil para expresar ese terrible pensamiento, ¡lo imposible, lo irreparable!

Reinaba profundo silencio entorno de Corina y de Osvaldo; sus propios guías se habían retirado á lo lejos, y como cerca del cráter no hay animal, ni insecto, ni planta, no se oía mas que el silbido de la llama agitada. Empero, llegó á aquel sitio un ruido de la ciudad: el sonar de las campanas que llegaba rompiendo los aires: acaso celebraban la muerte, acaso avisaban del nacimiento; no importa, causaron á los viajantes una dulce sensación. — Querido Osvaldo, dijo Corina, dejemos este desierto, volvamos á bajar hácia los vivos; mi alma se halla mal aquí. Todos los demas montes, acercándonos al cielo, parece nos elevan sobre la vida terrenal; pero en este sitio, solamente experimento horror y zozobra; se me antoja que veo á la naturaleza tratada como un delincuente, y condenada, como un ser depravado, á no sentir ya mas el aliento benéfico de su criador; no, no es esta la mansion de los buenos, vámonos.

En tanto que Corina y lord Nelvil bajaban hácia la llanura, caía una lluvia copiosa, y á cada ins-

tante estaban casi apagadas sus hachas. Acompañabanlos los lazzaroni dando continuos gritos, capaces de causar terror á quien no supiese que es un hábito en ellos; pero aquellos hombres se sienten á veces agitados de un exceso de vida que no saben en qué emplear, porque reunen en igual grado pereza y violencia; y su fisonomía mas señalada que su carácter, parece indica una especie de viveza, en que no tienen parte alguna el entendimiento ni el corazón. Osvaldo, receloso de que la lluvia dañase á Corina, ó llegase á faltarles la luz, en fin de que se viese expuesta á algun riesgo, no pensaba en otra cosa, y un interes tan tierno sosegó poco á poco la alteracion de su alma. Volvieron á encontrar su coche á la falda del monte; no se pararon en las ruinas de Herculano, casi enterradas de nuevo, por no trastornar la ciudad de Pórtici, que está edificada encima de aquella ciudad antigua; llegaron á Nápoles hácia media noche, y Corina ofreció á lord Nelvil, cuando se despidieron, entregarle al otro dia por la mañana la historia de su vida.

---

## CAPITULO II

En efecto, al dia siguiente por la mañana, quiso Corina hacer el esfuerzo prometido, y aunque e

mayor conocimiento que tenia ya del carácter de Osvaldo redoblaba su cuidado, salió de su aposento, llevando lo que habia escrito, temblando, pero resuelta á entregarlo. Entró en la sala de la posada donde vivian los dos; y ya encontró allí á Osvaldo que acababa de recibir cartas de Inglaterra: una de ellas estaba encima de la chimenea, y su letra causó tanta novedad á Corina, que con inexplicable turbacion preguntó de quién era. — De lady Edgermond, respondió lord Nelvil. — ¿Teneis correspondencia con ella? interrumpió Corina. — Lord Edgermond era amigo de mi padre, repuso Osvaldo, y pues la casualidad ha hecho hablemos de ella, no os ocultaré que mi padre pensó que algun dia pudiera convernime tomar por esposa á su hija Lucila Edgermond. — ¡Santo Dios! exclamó Corina, y cayó en una silla, casi desmayada. — ¿De dónde nace esa cruel conmocion? dijo lord Nelvil; ¿qué podeis temer de mí, Corina, si os amo, si os idolatro? Cuando mi padre, al morir, me hubiese mandado ser esposo de Lucila, no me juzgaria por cierto libre, y me hubiera apartado de vuestro irresistible atractivo; pero solamente me aconsejó ese enlace, escribiéndome él mismo que no podia formar concepto de Lucila, por ser todavía niña. No la he visto tampoco mas que una vez, y apenas tendria doce años; ni me he comprometido de manera alguna con su madre; mas no obstante, las dudas, la vacilacion que habreis advertido en mis

## CAPITULO III

Habia resuelto Corina dar á lord Nelvil una funcion durante los ocho dias de plazo que habia pedido, y esta idea de fiesta se juntaba en su corazon con los mas tristes sentimientos. Era imposible, examinando el carácter de Osvaldo, que no la tuviese cuidadosa la impresion que le haria su narracion, pues era menester juzgar á Corina como poeta, como artista, para perdonarle el sacrificio de su clase, de su familia, de su país, y de su nombre, al entusiasmo del talento y de las bellas artes. Lord Nelvil tenia seguramente toda la disposicion necesaria para admirar la imaginacion y el genio; pero creia que las relaciones de la vida social debian ser primero que todo, y que el principal destino de las mujeres, y aun de los hombres, no era el ejercicio de las facultades intelectuales, sino el cumplimiento de las obligaciones peculiares de cada uno. Los remordimientos crueles que habia experimentado, apartándose de la senda que se proponia seguir, habian fortalecido aun mas los principios severos de moral, innatos en él. Las costumbres de Inglaterra, los hábitos y las opiniones de un país, donde tanto se aprecia el respeto mas escrupuloso á las obligaciones y á las leyes, le tenian en vínculos

bastante estrechos sobre muchos puntos: en fin el desaliento nacido de una profunda tristeza hace amar lo que está en el órden natural, lo que camina por sí mismo, y no exige resolucion nueva ni decision contraria á las circunstancias que nos señala la suerte.

El amor de Osvaldo á Corina habia modificado todo su modo de sentir; pero el amor no cambia nunca enteramente el carácter, y Corina descubria aquel carácter por entre la pasion que le vencia; y acaso el atractivo de lord Nelvil consistia en mucha parte en aquella oposicion entre su naturaleza y su erario; oposicion que daba nuevo precio á todas las demostracions de afecto. Mas llegaba el instante en que las inquietudes pasajeras que Corina habia siempre evitado, y solo habian causado una turbacion leve y melancólica en la felicidad de ambos, debian decidir de su vida. Aquella alma nacida para la ventura, aconstumbrada á las sensaciones variadas del talento y de la poesia, se admiraba de la aspereza y de la constancia del dolor; y agitaba entónces todo su ser un temblor que no sienten las mujeres resignadas mucho tiempo á padecer.

Sin embargo, en medio del mas cruel afan preparaba secretamente un dia brillante que queria dar aun á Osvaldo: así se juntaban de un modo novelesco su imaginacion y su sensibilidad. Convidó á los Ingleses residentes en Nápoles, á algunos Napolitanos y Napolitanas, cuyo trato le agradaba; y la mañana del dia escogido para ser juntamente el do

una fiesta, y víspera de una declaración que podía destruir para siempre su dicha, animaba sus facciones una singular inquietud, y le daba una expresión absolutamente nueva. La vista de una persona distraída podía equivocar aquella expresión tan viva con la alegría; pero sus movimientos agitados y rápidos, sus miradas siempre vagas, probaban harto á lord Nelvil lo que pasaba en su alma. En vano procuraba sosegarla con las más tiernas palabras. — Dentro de dos días me direis eso, respondía, si pensais de la misma manera; ahora estas dulces protestas aumentan mi mal. — Y se apartaba de él.

Los coches que habían de llevar á las gentes convidadas por Corina, llegaron al anochecer, cuando se levanta el viento del mar, y refrescando el aire, permite al hombre contemplar la naturaleza. El primer descanso del paseo fué el sepulcro de Virgilio, donde se detuvieron Corina y los que la acompañaban ántes de atravesar la gruta de Posilipo. El sepulcro está colocado en el sitio más hermoso del mundo, y el golfo de Nápoles le sirve de perspectiva: su aspecto es tan magnífico y tan sosegado, que inclina á creer fué escogido por el mismo Virgilio, á quien habría podido servir de epitafio este sencillo verso de las Geórgicas:

*Illo Virgilium me tempore dulcis alebat  
Parthenope..... (1).*

(1) La dulce Partenope era mi asilo.

Sus cenizas descansan allí todavía, y la fama de su nombre atrae á aquel sitio los obsequios del universo. Nada más puede el hombre arrancar en esta tierra á la muerte.

Petrarca plantó sobre este sepulcro un laurel, y Petrarca fué, y el laurel se muere. Los extranjeros, que vienen en tropel á honrar la memoria de Virgilio, han escrito su nombre en las paredes que rodean la urna: cansan estos nombres oscuros que parece están allí solo para turbar la idea pacífica de soledad que aquella mansión excita. Petrarca, nadie más, era digno de dejar una señal durable de su viaje al sepulcro de Virgilio. Bájase otra vez en silencio de aquel asilo funeral de la gloria; recordando los pensamientos y las imágenes que el talento del poeta hizo para siempre sagrados. ¡Admirable hablar con las gentes futuras, hablar que el arte de escribir eterniza y renueva! ¡Qué sois, pues, tinieblas de la muerte? ¡Las ideas, los sentimientos, las expresiones de un hombre subsisten, y no subsistiría lo que era él! No; es imposible semejante contradicción en la naturaleza.

— Osvaldo, dijo Corina á lord Nelvil, las sensaciones que acabais de experimentar, no preparan bien para una fiesta; pero ¡cuántas fiestas, añadió con una especie de exaltación en sus miradas, cuántas fiestas ha habido cerca de los sepulcros! — Amigamia, respondió Osvaldo, ¿cuál es la causa de esa pena secreta que aflige vuestro pecho? Confíad en

mí, yo os he debido los seis meses mas felices de mi vida; y tal vez en este tiempo he endulzado yo tambien vuestros dias. ¡Ah! ¡quién seria impío con la dicha! ¡Quién podria privarse del deleite sin igual de complacer á una alma como la vuestra! ¡Ah! harto es ser necesario para el mas humilde mortal; serlo para Corina, creedme, es demasiada gloria, demasiada delicia para renunciarla. — Creo vuestras promesas, respondió Corina; pero ¿no hay momentos en que señorea el corazon un no sé qué violento y extraño, acelerando sus latidos con dolorosa zozobra?

Atravesaron á la luz de las hachas la gruta de Posílipo: pásase así aun en medio del dia, porque es un camino abierto por debajo del monte de cerca de un cuarto de legua, y al llegar á la mitad, apenas se divisa la claridad en los dos extremos. Aquella larga bóveda retiembla con resonar extraordinario; los pasos de los caballos, las voces de sus conductores hacen un estruendo que aturde, y no deja en la mente ningun pensamiento seguido. Los caballos de Corina arrastraban su coche con portentosa rapidez, y sin embargo no se contentaba de su velocidad, y decia á lord Nelvil: — Querido Osvaldo, ¡qué despacio caminan! haced que vayan mas de prisa. — ¿De dónde nace esa impaciencia, Corina? respondió Osvaldo: en otros tiempos, cuando estábamos juntos, no procurábais precipitar las horas, disfrutábais de ellas. — Ahora, dijo Corina, es pre-

ciso que se decida todo; es preciso que todo llegue á su fin, y me siento con necesidad de acelerarlo todo, aunque sea mi muerte.

Al salir de la gruta se experimenta una sensacion muy penetrante de placer, de encontrar la luz y la naturaleza; ¡y qué naturaleza se presenta á la vista! En el campo de Italia faltan frecuentemente los árboles, mas aquí se ven con abundancia: la tierra ademas se halla cubierta de tantas flores, que es el país donde ménos se necesitan aquellas selvas que son lo mas bello de la naturaleza en cualquiera otra region. Es tanto el calor en Nápoles, que no permite pasear por el dia ni aun á la sombra; pero por la noche se ofrece enteramente á la vista aquel país despejado, ceñido del mar y del cielo, y se respira frescor por donde quiera. La transparencia del aire, la variedad de los sitios, la figura pintoresca de los montes, caracterizan de tal suerte el aspecto del reino de Nápoles, que los pintores dibujan con preferencia sus paisajes: allí tiene la naturaleza un poder y una originalidad imposibles de explicar con ninguno de los atractivos que se desean en otras partes.

— Ahora pasamos, dijo Corina á los que la acompañaban, por encima de las márgenes del lago Averno, cerca del Flejetonte, y allí delante teneis el templo de la Sibila de Cúmas: ya atravesamos los sitios celebrados por el nombre de las delicias de *Bayas*; pero no os aconsejo que nos detengamos en

este instante : recogeremos los recuerdos de la historia y de la poesía que nos rodean, en llegando á un paraje desde donde los descubramos todos juntos.

En el cabo Miseno habia hecho preparar Corina las danzas y la música : no puede verse cosa mas pintoresca que aquella fiesta. Todos los marineros de Bayas estaban vestidos de colores vivos, y bien contrapuestos; algunos Orientales que venian de un bajel levantino anclado entónces en el puerto, bailaban con las aldeanas de las islas vecinas de Ischia, y de Prócida, cuyo traje ha conservado semejanza con los vestidos griegos; oíanse á lo léjos voces armoniosamente unidas, y los instrumentos se respondian de eco en eco, detras de las peñas, como si fuesen los sonidos á perderse en el mar. El ambiente que allí se respiraba era suavísimo, llenaba el alma de un sentimiento de alegría que animaba á todos, y llegó á dominar á la misma Corina. Propusiéronle que se mezclase en la danza de las aldeanas, y al pronto convino con placer; mas apénas hubo empezado, los sentimientos mas tristes le tornaron odiosas las diversiones de que participaba, y alejándose rápidamente del baile y de la música, fué á sentarse á la orilla del cabo, inmediata á la mar. Osvaldo la siguió presuroso; pero al llegar junto á ella, se juntó tambien la gente que los acompañaba para suplicar á Corina improvisase en tan hermoso sitio; y era tal su turbacion en aquel

instante, que se dejó llevar hácia el cerro elevado donde habian puesto su lira, sin poder reflexionar en lo que le pedian.

---

#### CAPITULO IV

No obstante, Corina deseaba que Osvaldo volviese á oirla otra vez, como en el dia del Capitolio, con todo el talento que habia recibido del cielo; porque si debia ser ya perdido para siempre, queria que ántes de apagarse resplandeciesen sus rayos postreros para su amado. Este deseo la hizo encontrar en la misma agitacion de su alma la inspiracion que habia menester. Estaba templada su lira, y todos sus amigos ansiosos de oirla; el mismo pueblo que la conocia por fama, aquel pueblo que en el mediodía es, por su imaginacion, buen juez de la poesía, rodeaba callado el recinto donde se hallaban colocados los amigos de Corina, y todos aquellos semblantes napolitanos expresaban con su viva fisonomía la mas curiosa atencion. Alzabase la luna en el horizonte; mas aun hacian su luz desmayada los rayos postreros del dia : desde lo alto de la colina que sale hácia el mar, y forma el cabo Miseno,